

Victor Serge
Medianoche en el siglo

Traducido del francés por Ramón García

Alianza Editorial

Título original: *S'il est minuit dans le siècle*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2009

© de la traducción: Ramón García Fernández, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-533-5

Depósito legal: M. 28.181-2016

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

| | |
|-----|------------------|
| 11 | El Caos |
| 57 | Las Aguas Negras |
| 115 | Los mensajes |
| 191 | Las directrices |
| 209 | El comienzo |

En memoria de:
KURT LANDAU, ANDRÉS NIN y ERWIN WOLF,
desaparecidos en Barcelona y cuya propia
muerte nos ha sido arrebatada.
A JOAQUÍN MAURÍN, en una prisión de España,
a JUAN ANDRADE, JULIÁN GORKIN, KATIA
LANDAU, OLGA NIN,
y, a través de ellos, a todos aquellos cuyo
valor encarnan, les dedico los mensajes de sus
hermanos rusos.

NOTA DEL TRADUCTOR:

Una traducción no suele dedicarse, pero permítaseme, excepcionalmente, ampliar con toda modestia la ofrenda que de su texto hace Serge: a todos aquellos que, como sus personajes, han contemplado, en sus manos, un bello mecanismo roto.—R. G.

I

El Caos

MIJAIL IVÁNOVICH KOSTROV, hombre nada supersticioso, solía presentir en su vida la inminencia de nuevos acontecimientos; en realidad, los presagiaba merced a unos indicios casi imperceptibles. Así ocurrió con su detención. Primero había sido el tono especial que adoptó el rector al decirle: «Mijail Ivánovich, he decidido suspender momentáneamente sus clases... ¿Va usted por el Directorio, no es así?». Obvio temor a las alusiones al nuevo viraje político. «Pues prepáreme —proseguía el rector— un curso muy breve sobre Grecia...» Salto atrás de unos dos mil años. En este instante Kostrov se dio cuenta de que iba a cometer un error, pero lo cometió con auténtico gozo, por el mero placer de sembrar un poco de miedo en el ánimo de aquel cobarde asustado que solía utilizar un tono de voz muy particular cuando telefoneaba al secretario del Comité. «Una idea excelente —repuso—. Hace tiempo que me propongo realizar una serie de conferencias sobre la lucha de clases en la ciudad-estado de la Antigüedad... Cabe desarrollar toda una nueva teoría de la tiranía.» El rector rehuía su

mirada inclinando la cabeza sobre sus papeles. Su coronilla calva bien podía tomarse por una tonsura. «Bueno, bueno —dejó escapar su grueso belfo—, no exageremos con las nuevas teorías. Adiós.» Fue entonces, al reparar en la tonsura, cuando Mijail Ivánovich sintió la inminencia de nuevos acontecimientos...

Salió de allí con una idea bastante clara de lo que estaba ocurriendo: «Alguien me ha denunciado. ¿Quién?». Más tarde encontró en su memoria la imagen de una mujercilla descuidada y rechoncha, de busto abundante, ceñida en su impermeable de los almacenes del ejército. Frente estrecha, boca larga, mirada sin calor —un algo de roedor en el conjunto de la cara—: no le gustaba. En su mano gordezuela una cartera de militante que, a buen seguro, estaría ya repleta de papeles importantes. Tesis del Comité de Radio para los agitadores, lista de activistas, etcétera... «Camarada profesor, su explicación acerca de los termidorianos de izquierda no ha resultado demasiado clara... o es que yo no he captado su pensamiento... Usted ha dicho —y yo así lo he anotado—: *Eran malos termidorianos que, al apoyar a Barras y a Tallien**, se estaban buscando su propia ruina... No acabo de comprender la distinción que usted establece entre buenos y malos termidorianos...» «Eres tú, pequeña canalla, la que me vigila; eres tú, tú la que me denuncia...» En ese preciso momento salía del gabinete de *Dia-Mat* —dialéctica materialista— blandiendo su cartera por delante de su odioso pecho flácido,

* Paul François Jean Nicolas Barras (1755-1829) y Jean-Lambert Tallien (1767-1820) fueron revolucionarios franceses recordados principalmente por su papel en el derrocamiento de Robespierre y la instauración de la reacción termidoriana. (*N. del T.*)

hablando en tono muy alto con su voz un poco ronca, la que convenía a las tribunas de tablones sin cepillar y rojos paneles... Naturalmente, hablaba del periódico mural. «¡No se puede permitir —decía imperiosamente—, es de todo punto inadmisibile! ¡El Comité de Redacción...!» Al oír la palabra *inadmisibile*, se desvanecieron las últimas dudas de Kostrov. Delatora. Apresuró el paso para no tener que saludarla, pero ya ella lo hacía jovialmente, mientras que, en su pos, surgían los rizos de Irina, una pequeña ziriana de la cuenca alta del Kama, cuya carita correcta, de ojos rasgados, pómulos marcados y labios finos, como dibujados por un miniaturista de la edad del reno, le parecía encantadora... «Y bien, camarada, ¿qué tal lleva su tema? —preguntó—. ¿Va bien?» Ella asintió repetidamente con la cabeza y una expresión entre seria y alegre; alegre solamente allá en el fondo de sus ojos, en aquellos minúsculos granos de oro distantes, como si brillasen en el fondo del agua. Siguieron hablando durante cierto tiempo y más tarde un torrente de estudiantes les separó, pues acababan de dar las once.

Aquella misma noche en la mesa, frente a Ganna, de la que le separaba Tamarochka, encaramada en su trona de respaldo pintado, preguntó:

—¿Y qué dirías tú, Ganna, si me detuviesen?

Ganna no dejó de seguir sirviendo a la pequeña los macarrones grisáceos. Sus mejillas se sonrojaron levemente y sus anteojos con borde de concha parecieron descentrarse un poquito cuando repuso, simplemente:

—¿Tú crees?

* * *

LA PEQUEÑA ESCUCHABA CON su sonrisita al acecho. En nuestra época es preciso que los niños comprendan. Que los niños sepan. Es preferible prepararles que mentirles continuamente. También detuvieron a Vanil Vanilich, el de abajo, hace quince días, y su Svetlana, a la que habían dicho: «Papá ha ido a Leningrado, ¿sabes?, a la Academia de Ciencias», había terminado por quejarse del engaño. «¡Pues yo sé que papá está en la cárcel, lo sé, lo sé!, y me pone triste que mi papá esté en la cárcel, pero ¿por qué me mentís todos?» El judío del tercero estaba en la cárcel. El cuñado de Marussia también. Svetlana —siete años— decía a Tamarochka, de seis: «Y yo he visto a un hombre al que fusilaron; iba a casa de mi tía, tenía unas narices muy grandes, era un hombre feo, me alegro de que lo hayan fusilado». Su abuelo le regañaba: «Svetlana, está mal hablar así. Svetlana, hay que pensar en el dolor ajeno». A decir verdad, aquel abuelo era un viejo chocho que simpatizaba discretamente con la secta de los Churikovtsi. Svetlana se emperraba entonces y le miraba con un mohín bajo su frente amplia y bombeada: «Pues yo, abuelo, digo que era un hombre feo y que han hecho muy requetebién en fusilarle...». Se ponía a saltar a la pata coja repitiendo, una y otra vez, como una cantinela: «Han hecho muy requetebién». Pero sin duda solo se comportaba así para ver cómo se empañaban los ojos del abuelo y cómo se producía en sus labios un ligero temblor en el que ella reconocía cuánto la quería y lo débil que era. Tamarochka observaba todos estos manejos y escuchaba atentamente. ¡Cómo la quiere el abuelo y cómo le gusta a ella hacerle rabiarse! «¡Qué mala eres, Svetlana!», pensaba. Y luego saltaba de lado, daba un golpecito en la espalda de Svetlana y corría a esconderse detrás

del banco para que su amiga la persiguiese... Entonces el abuelo miraba a una silueta toda derecha que se recortaba sobre el cielo pálido con su gris de piedra. Representaba a un hombre demacrado y severo, tallado todo él en líneas verticales. Tan erguido. Tan duro. Tan apuesto. El inquisidor. El abuelo dejaba escapar un suspiro. No era sino el naturalista Timiriazev, pues los niños solían ir a tomar el fresco al bulevar Tverskoy, en el cruce de la Malaya Nikitskaya. Allí mismo, a la derecha siguiendo esa calle tan tranquila, puede verse una iglesia blanca perfectamente banal: y allí es donde hace cien años se casó Pushkin, sí, Pushkin.

No hay dicha en la tierra, sino calma y voluntad.

Al abuelo, que no había tenido ni calma ni voluntad, le gustaba ese verso, como le había ocurrido al propio Pushkin. Como le ocurre a casi todo el mundo en esta vida. Mas ese verso contenía una armonía, un embuste admirable. No: una verdad de más allá. Más auténtica que la propia verdad, superior a ella. La calma y la voluntad no existen; lo dominan todo, son inaccesibles y supremas, reales e irreales. Nadie puede entenderlo, nadie... Frente a la iglesia un hotelito bajo, ceñido por una verja reforzada, por una valla de madera, contra la indiscreción: allí vivía Máximo Gorki. Él sí que nada necesitaba. ¡Ni calma, ni dicha, ni voluntad! Escribía implacablemente cosas empalagosas e indignantes, casi sin alma... Tal vez se resintiese, porque ciertamente debe uno sufrir al sentirse tan falto de alma a las puertas de la muerte. «Yo bien querría rezar por ti, Alexei Máximovich —pensaba el abuelo—, pero tus

papeles me quitan las ganas...» Todo este universo, más grande y complicado aún, poblaba en aquel instante el alma de Tamara, de seis años, pequeño ratoncito al acecho que, con los ojos como platos, mordisqueaba un trocito de algo en la mesa. Por encima de ella, el hombre y la mujer escrutaban en sí mismos el futuro.

—¿Tú crees? —repuso Ganna.

Kostrov percibió que él lo sabía. Presentimiento, corazonada son palabras inventadas por ignorantes que expresan muy bien aquello a lo que se refieren. Se suman un sinnúmero de observaciones y de cálculos subconscientes y súbitamente se produce una certidumbre que, sin duda, no es perfectamente racional, pero que resulta, en cambio, perfectamente válida.

—Seguro.

«Fíjate, en seis semanas ha habido, por lo menos, trescientas detenciones en Moscú. Todos ellos son hombres de mi generación, militantes de la guerra civil, miembros de la oposición del 26 y el 27 que habían decidido volver a una vida corriente para que les dejaran en paz...» Ganna reflexionaba; Ganna, curiosamente parecida a una niña aplicada, con sus mejillas sonrojadas, su nariz ligeramente respingona y su pelo bien tirante. Incluso en la cama, llegada la hora de las caricias, él quería que se dejase puestas sus gafitas de concha por la divertida gravedad que conferían a su cara de cría. Entonces a ella se le subía el pavo de forma deliciosa. «No, déjame quitármelas, me da vergüenza...» La risa del varón le aturdiría, se ruborizaba aún más y Mijail repetía entonces: «Te lo prohíbo, cariño, cariño...», al inclinarse sobre ella, desnuda. Le tenía

mucho cariño, en realidad, no sabía si la amaba. Uno vive así, sin saber...

—Y si te detienen —preguntaba ella—, ¿no crees tú que me despedirán de Estadística?

Ciertamente entraba dentro de lo posible. «Venderás el diván... y mi traje marrón...» Se rieron. ¡Aquel diván, aquel traje marrón, los últimos recursos! Estaban preparados. Dos días después le detuvieron. Así de sencillo, en la calle, delante de la parada del tranvía. Apareció un individuo en la acera, acoplándose a su paso en una aproximación oblicua. Gorra y abrigo astrosos, rostro joven de hombre inculto. «Camarada Kostrov, le ruego que me acompañe...» «Ya sé, ya sé», dijo Mijail Ivánovich, casi aliviado por el fin de la espera. El otro no pareció sorprenderse. «Por aquí.» Entraron en un patio de pavimento hundido. El agua de las últimas lluvias formaba charcos, un coche enteramente salpicado por los barro de la noche anterior estaba aparcado ante una puerta que daba a un pasillo oscuro... De los sótanos emanaba un desabrido relente a podrido. Kostrov chapoteó en un charco, contrariado por la idea de ensuciar el bajo de sus pantalones y más contrariado aún al reparar en que solo se le ocurriese esa estupidez. El individuo le abrió la puerta del coche. «Suba, ciudadano.» *El Comité de la Cooperativa de la Vivienda ruega a los que tengan alquileres pendientes... so pena de ser inscritos en la pizarra... Cooperativa de Vivienda núm. 6767, Lenin vive eternamente.* Kostrov leyó estas líneas en un cartel fijado sobre el yeso leproso de la pared... ¡Eternamente! ¡Partida de idiotas! El coche arrancó entre los charcos, viró ante los frenéticos campanillazos de un tranvía y se lanzó hacia la maciza y cuadrada torre de

ladrillos rojos de la Puerta de la Trinidad, dejó atrás las almenas del Kremlin y la columnata blanca del Gran Teatro, frenó bajo un gigantesco retrato del Jefe, que cubría por completo la fachada de un gran almacén en construcción, y se detuvo bruscamente en la plaza Dzerzhinski, a la altura de una puerta como cualquier otra, custodiada por un soldado que llevaba una especie de casco de tela puntiagudo. Encima de aquella puerta una máscara de bronce renegrido sonreía malévolamente entre la barba. «¡Hola, Marx! —dijo Kostrov para sus adentros—. ¿Qué? ¿Te fastidia esa bayoneta? Haces bien en no aparecer entre nosotros o tú mismo terminarías por pasar esta puerta, hermano, y pronto darían cuenta de ti...» En su cerebro transido por el viento frío, solo iban y venían, desordenadamente, ideas pueriles. Pero no sentía miedo, sino una especie de alivio, un deseo de burlarse...

* * *

SE SUMERGIÓ DESPUÉS EN el tedio de una larga espera inútil en un despacho vacío; desde allí, le bajaron en un ascensor a un compartimento banal del Caos; desde el Caos volvió a emerger tranquilamente a la superficie del silencio; y entonces le vino aquel dolor cardíaco. Ya gira la llave dentro de la cerradura al otro lado de la puerta; detrás de esa puerta hay todo un mundo desconocido de desolación. Kostrov, no sin cierta complacencia respecto a sí mismo, les habría dicho: «¿Saben?, a mí no me conmueve particularmente esto de que me enchironen. No es la primera vez. Por ejemplo, en Lvov, en Polonia, en el año 20, los gendarmes me detuvieron en una redada de

sospechosos, amigo... la verdad es que no me llegaba la camisa al cuello. Si hubiesen mirado con más detenimiento mi pasaporte checo, me habría costado la horca, por lo menos. En el 21, otro lío en Tiflis, ciertamente menos peligroso, porque los socialdemócratas georgianos estaban muy bien informados. Vino a verme Noé Agashvili a la prisión de Metek; nos habíamos conocido en París. “¿Tu sublevación? —me dijo—; pero, querido amigo, soy yo el que la controla. Te encierro por tu propio bien. Vamos, ¿quieres jugar al ajedrez?” La verdad sea dicha, Agashvili nunca olvidó el jaque mate que le infligió en Petersburgo tras la insurrección de julio en la que habíamos luchado el uno contra el otro en la esquina de la Millionaya. Yo mismo le detuve poco después de la soviétización; en la actualidad debe de estar deportado en Uzbekistán... Mal momento en el 24, en Rustchuk, Bulgaria... y en el 28 en Moscú, pero la verdad es que entonces sostuve buenas discusiones ideológicas con el juez que instruía mi caso... Y al parecer no carecieron de consecuencias porque desde entonces tomó el mal, o, más bien, el buen camino: está en las islas Solovetsky, cinco años, *five years, Sir*, por una desviación de extrema izquierda...

»Al fin y al cabo aquí me siento en familia, como en casa. Nos ponen a la sombra, la política así lo exige. Se aproxima el almacenamiento del trigo, que evidentemente será un fracaso, como indican inequívocamente las cifras de control de la Comisión del Plan. Y claro, a pesar de que nos callemos, nos temen...».

El Caos era una estancia rectangular que contenía seis literas y treinta prisioneros. El vaho de los alientos chorreaba por

las paredes, el humo del tabaco era tan denso que uno se movía en una nube asfixiante. Hacía mucho calor, la piel transpiraba y le acometían a uno dolores de cabeza y arcadas. Siempre había alguien vomitando, y se orinaba y defecaba en una cubeta, de manera que los recién llegados, a los que correspondía hacinarse precisamente en el rincón donde esta se encontraba, vivían inmersos en el hedor y los repugnantes ruidos orgánicos. Se dormía encima y debajo de los catres; de común acuerdo, los prisioneros se arrimaban unos a otros, los que se encontraban de pie como los que estaban en cuclillas, para habilitar, a lo largo del muro, un angosto espacio llamado el bulevar. Todos podían así pasearse un poco, por turno riguroso. Por la noche, en alguna parte por encima de ellos, tras varios pisos que eran como universos cerrados superpuestos, una banda atacaba musiquillas pegadizas con el fin de hacer bailar, en el club del 4.º batallón especial, a unos muchachos uniformados con una serie de chicas rubias, morenas, castañas, pelirrojas —sí, incluso pelirrojas—, excesivamente acicaladas y con los hombros cubiertos por esos vistosos chales que vendía la Coope del Servicio Político por veintiún rublos. Un fantasma con perilla, surgido de la bruma del Caos, refería haber hecho reventa de aquellos chales, «y allí están contoneándose esas putillas y aquí está uno por seis chales, ¡bah, así es la vida, mierda!», la injuria le chorreaba por la boca, los cobres de la banda se exaltaban. Allí se agitaban treinta fantasmas, de voces ahogadas por el reglamento, arreglándose las para vivir amontonados unos encima de otros, para rascarse sin molestar demasiado al vecino, para repartir equitativamente el aguachirle tibio, el pan negro, los pequeñísimos pedazos de azúcar, para

matar el tiempo, matar el miedo. Podría haberse establecido una lista bastante completa de crímenes posibles, canallescos y nobles, o imaginarios, ficticios, reales, inimaginables, catalogando sus historias, que, por lo demás, solo se contaban de boca a oído, por miedo a los confidentes. «Mira ese viejo de ahí, el que está a la derecha del baboso que está tumbado casi todo el tiempo: es un chivato. Le han prometido algo a cambio de que preste atención a lo que se dice y lo escucha todo y además añade cosas de su cosecha. Vayamos donde vayamos, allí estará, puedes creerme.» De poderse observar un poco sus conciencias de espectros, habría podido sin duda confeccionarse una lista, aún más completa, de los vanos sufrimientos y de las inconscientes inocencias que allí se reunían. El Antiguo era, por talla, el mayor de los habitantes del Caos; era también el más huesudo y el más sabio: sus cejas erizadas y su mentón, como de piedra tallada, emergían de la niebla de tabaco cada vez que había dificultades para restaurar el orden, la paz. «En mi Caos núm. 16, tengo a todo Dostoyevski. ¡Y aún más! —decía con orgullo—. Treinta y una desgracias esta mañana.» Dos trotskistas, uno de verdad y dudoso el otro, bajo la cama el auténtico y sobre ella el otro, discutían en voz baja las objeciones de Radek a la teoría de la revolución permanente. Mijail Ivanóvich los detectó, pero él ya había abjurado en el año 29, reconociendo que la colectivización... Ellos no parecían desear compañía. Desamparado, Mijail Ivánovich buscó y obtuvo la simpatía de un jorobado lívido que había fabricado jabón ilegalmente. El desaliñado espectro que lentamente paseaba por el bulevar —cuatro metros ochenta de punta a punta— se detuvo súbitamente y dijo en tono bastante alto:

—¡Ciudadanos y camaradas! Disculpad esta gran libertad que me tomo. Ya no puedo más. Solicito que se me permita llorar. ¿Me oyes tú, Antiguo? Permiso para llorar.

La voz segura del Antiguo surgió entonces de la zona de sombra que se extendía por debajo del marco luminoso de la ventana.

—Llora, viejo, todo lo que te dé la gana, todo lo que puedas. Este es aquí tu único derecho de ciudadano. Os prohíbo que os riáis, camaradas. Trata simplemente de no hacer ruido. El reglamento es la ley suprema.

Todo el mundo miró. Interrumpiéronse las partidas de dados y damas. Los dados y peones de miga de pan seca perdieron su esencia instantáneamente. El hombre (ya no era un fantasma) tenía una cara terriblemente demacrada, de color de muralla, de tierra, de amargura, de locura. No hay palabras para describir ese color de la cara humana que nadie ha pintado jamás. Erizada de pelos cenicientos, la cara, con ojos que no eran sino oquedades con luz en el fondo. El hombre dijo:

—Me acusan de espionaje. ¡Y yo soy un pobre desgraciado, ciudadanos y camaradas, os lo juro, solo un pobre desgraciado!

Sus palabras se retorcían como un sollozo, pero su cara permanecía seca. Su nuez era prominente, y su cuello, magro y surcado de tendones. Tras una pausa, el Antiguo replicó desde su rincón.

—De lo que te acusen, a nosotros no nos importa. Te diría incluso que ni siquiera te importa a ti. El poder sabe lo que hace cuando nos mete en la cárcel. Pobres desgraciados es lo que somos todos, eso es lo más lastimoso en esta historia...

El espía miraba a su alrededor como con despecho. Pasó por su cara, de arriba abajo, sus dedos finos y sucios. Seca, completamente seca.

—Y ahora no puedo llorar... ya no puedo, ciudadanos, perdonadme. Ya pasó. Perra vida, ojalá esto se acabe...

A lo que el Antiguo repuso sentenciosamente:

—La Sesión permanente del Caos núm. 16 prosigue. Se pasa al orden del día.

* * *

MIJAIL IVÁNOVICH vivió siete semanas en el Caos —siete semanas repletas de pequeños acontecimientos—; los días pasaban muy deprisa, a pesar de que las horas discurriesen lentas y pesadas y no dejaran huella alguna en la memoria. Allí proseguía la existencia de los hombres con un relieve intenso; el discurrir del tiempo les abrumaba pero el tiempo, propiamente dicho, no existía. Mijail Ivánovich recibió un paquete de su mujer: buena señal, ya que no se autorizaban en los casos difíciles. La decena de huevos duros —brutalmente rotos y cortados con un cuchillo sucio por los guardianes— le dio una prueba de que Ganna no había sido despedida del Servicio de Estadística el día 15. Sin embargo, el miércoles siguiente esperó en vano, acechando con ansiedad cada vez que unos pasos se acercaban a la puerta. Tatarev, especulador, un fofo rumiante cuya corpulencia iba desmoronándose poco a poco, recibió unas golosinas y las repartió: una parte para los demás y otra para él. Colocó la suya sobre la manta gris y la contempló largamente. Las pequeñas rebanadas de pan seco

parecían doradas, irradiaban luz. Tatarev siguió contemplándolas hasta la caída de la tarde y se las comió cuando ya era de noche, con profundos resoplidos y enervantes ruidos de masticación. Sucio rumiante. Dos hombres agarraron una disentería. Los dejaron varios días en el Caos, cuya atmósfera llenaban de fetidez. A ojos vistas, la vida se les escapaba, durante todo el día y toda la noche, en sanguinolentas deyecciones. Se trataba de un mecánico acusado de sabotaje y de un antiguo revendedor acusado de fraude. El Antiguo explicaba dos veces al día al vigilante de guardia:

—Le digo a usted, camarada jefe, que se nos mueren y que eso va contra el reglamento en materia de higiene.

—Bueno, bueno —decía el guardián—. No se van a morir esta noche, digo yo. Además, no hay sitio en el lazareto. Esperen hasta mañana.

Seguramente estaban esperando a que la muerte hiciese dos huecos en el lazareto para transportar allí a aquellos dos moribundos hediondos. Allí arriba, de 9 a 11, la orquesta ejecutaba sus marciales tonadillas; las morenas, las castañas, las rubias e incluso las pelirrojas de vistosos chales sobre los hombros daban vueltas y más vueltas entre los brazos de los militares... A Tía-Pedo-Gordo, un joven educado, acusado de prácticas ocultistas y al que la naturaleza había dotado de un trasero ligeramente desproporcionado, le robaron una camisa. Una tía suya se encargaba de suministrarle víveres, lo que explicaba su doble apodo. Se negó a aceptar el registro general que le propuso el Antiguo por considerarlo una indignidad, pero el asunto provocó largas deliberaciones, una verdadera crisis de conciencia en el

seno del Caos durante la cual los rateros, integrados en una fracción organizada bajo la égida de Malych-el-Chavalín, del mercado de Smolensk, manifestaron que exigían la restitución del objeto sustraído durante la noche y que, de no producirse esta, se proponían descubrir al culpable quitándole definitivamente las ganas de reincidir. A la mañana siguiente Tía-Pedo-Gordo encontró su camisa a los pies de su jergón, sin más novedad que la falta de una pieza cuadrada de tejido bastante grande. Otro suceso perfectamente inaudito, tan secreto como inverosímil, fue lo ocurrido con Malych en las letrinas, a las que iban dos veces al día todos juntos, alineándose encima de los agujeros mientras los de la segunda y tercera tandas esperaban frente a la primera, bajados ya los pantalones de los de la segunda, pues los guardianes vociferaban desde la entrada: «¡Más deprisa, más deprisa he dicho, ciudadanos!». Algo perfectamente inaudito, pues, fue cuando Malych-el-Chavalín se trajo de allí medio litro de aguardiente para consumo exclusivo de la Fracción de los Rateros. Consumiose aquel alcohol milagroso entre los iniciados y, de esta forma, se reveló la existencia de una élite en el Caos. Kostrov se emocionó cuando, a eso de la una de la madrugada, un muchacho perteneciente a la Fracción le pasó un culo de vaso del tónico celestial. Sin razón alguna estaba pensando en la muerte de Svetlana y aquella porción de alcohol rompió el hilo de sus tristes cavilaciones; tuvo entonces la certeza de que a aquellas horas Svetlana dormía, toda sonrojada, con el puñito cerrado debajo de la barbilla, y de que a su lado también estaba acostado el oso de peluche.